

—Ya tiene vd. las señas de mi casa, señorita, dijo Nichette: si desea vd. algo, no tiene que hacer mas que escribirme. . . . vendré inmediatamente.

Antonina, á quien en aquel momento le habria sido difícil hablar una palabra, respondió con una señal de cabeza.

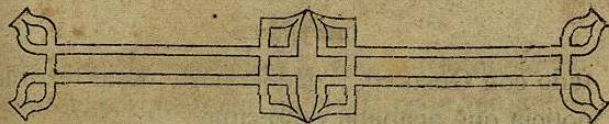
Nichette las saludó y salió.

—Tendrá vd. su vestido con pasamanería color de rosa, dijo Angélica á Antonina.

—Muy bien, contestó ésta: hé aquí un figaro para vd., mi querida señora Angélica, ¿le gusta á vd?

—¿Tiene cabalmente listones punzō . . . ! Ah! querida niña, que buena es vd. en pensar en mí. . . .

Y la buena señora viuda abrazó con efusion á Antonina, para darla gracias por su galantería.



CAPITULO XIV.

¡UNA FATALIDAD!

Quando Nichette se habia presentado por la mañana en casa de Antonina, ni aun por asomos se imaginaba el resultado que su visita habia tenido. Fué confiada y alegre, á fin de saber si Edmundo tenia algunas probabilidades de ser amado, y volvia triste y conmovida, despues de haber sabido que el pobre jōven se hallaba atacado de un mal, que ponía su vida en peligro.

Nichette estaba aterrorizada.

La enfermedad, el temor, la tristeza, eran estrañas á sus costumbres, que su corazon se impresionó profundamente con lo que la habia dicho la señorita Antonina. . . . ¿Qué iba á contestarle á Edmundo cuando viniera á las dos, segun le habia dicho. Hubo un momento en que la vinieron ganas de marcharse de su casa. Todo lo miraba de un color sombrío, y no queria hacer ni decir nada, ántes de haber consul-

tado con Gustavo, y dádole parte de la terrible noticia que acababa de recibir.

En consecuencia, dominada por los fúnebres pensamientos que la habían producido las palabras de la señorita Devaux, escribió á Daumont:

“ Mi querido Gustavo: Ven á verme en el momento en que recibas esta carta: nuestro pobre amigo Edmundo tiene necesidad de todos los que lo aman. Ya te acuerdas que cuando te veía triste frecuentemente, y te preguntaba qué te afligia, me contestabas que tenías temores por su salud; que lo oías toser de vez en cuando; que su padre había muerto á los treinta años, y que mientras más se acercaba Edmundo á esa edad, más temías por él. . . . Pues bien, querido amigo, tus presentimientos no te habían engañado! . . . Edmundo está atacado de la misma enfermedad que el señor de Péreux, su padre. La señorita Antonina es quien me ha revelado este terrible secreto, y á ella se lo dijo su papá, el médico. He querido darte parte inmediatamente de todo esto, á fin de que convengamos en los medios de salvar si es posible, á nuestro pobre amigo. Desde que la señorita Devaux me lo dijo, tengo el corazón oprimido; apenas puedo respirar, y estoy llorando al escribir estos renglones.

“ Edmundo debe venir á mi casa á las dos

“ de la tarde; ven ántes á decirme lo que debo hacer, porque tengo miedo, si no te veo ántes, de no poder disimular delante de él mi turbacion.

“ Por lo demás, esa chula Antonina es un ángel. . . . lo ama, estoy segura, y también creo que la enfermedad de Edmundo y la simpatía que los siniestros presagios del señor Devaux han despertado en su tierno y compasivo corazón, han influido no poco en ese amor.

“ Hé aquí el resultado de ese paso que yo daba, bien lo sabes, con la mejor intención . . . y del cual me arrepiento ahora tanto! En tu lugar, iría á buscar al señor Devaux y le diría, que á todo precio es necesario que salve á Edmundo. . . . El pobre joven nada sabe de todo esto . . . tal vez sea tiempo todavía de salvarlo. . . .

“ Ya sabes que todo lo que sea necesario hacer por tu amigo, lo haré, aun cuando deba costarme la mitad de mi sangre.

“ Te espero, te espero, para explicarte estas líneas, que mi mano temblorosa debe hacer-te ininteligibles.—NICHETTE.”

Nichette cerró esta carta, la puso una oblea, escribió en el sobre el nombre y las señas de la habitación de Gustavo, y bajó al cuarto de la portera, á quien dijo:

—Haga vd. que lleven inmediatamente esta

carta á su destino, y que traigan sin falta la respuesta.

La portera entregó la carta á un *comisionado* de la casa de correos, quien se dirigió al momento á casa de Gustavo.

Durante este tiempo Edmundo, en lugar de volver á casa de su madre, que se habia dormido muy tarde, y que por la misma razon debia hallarse aun acostada, se habia dirigido al acaso, entregado enteramente á sus pensamientos, á su amor, á sus esperanzas.

Despues de haber vagado de esta manera durante algun tiempo por los arrabales, se habia dirigido maquinalmente hácia la casa de su amigo, al cual queria enseñar la carta que recibiera la víspera, y darle parte de la felicidad que dicha carta le habia causado.

Gustavo no se hallaba en su casa; pero el criado, que conoció á Edmundo y que sabia que éste en casa de su amo se hallaba como en su propia casa, insistió para que lo aguardase, asegurándole que Gustavo no tardaria en llegar.

Edmundo, que no tenia otra cosa mejor que hacer, se quedó, y recostado sobre un sofá se habia entregado á sus halagüeñas cavilaciones.

Haria poco mas ó ménos media hora que se hallaba allí, cuando llegó el cartero con la carta de Nichette.

—El señor Daumont no está en casa, contestóle el criado, pero déjele vd, la carta.

—No, dijo aquel hombre. Tiene que darme una respuesta.

—Pues entónces espere vd. á mi amo.

El cartero se sentó; pero al cabo de un cuarto de hora comenzó á impacientarse. Se levantó, y se puso á pasear por el comedor diciendo:

—Si fuera necesario esperar de esta manera por todas las cartas que llevo, no hay duda que haria un lindo negocio.

—Y ¿qué quiere vd. que yo haga, buen hombre, dijo el criado; mi amo no está en casa, y no puedo darle la carta.

El cartero tuvo paciencia todavía por algunos minutos, pero al fin continuó en sus impresiones.

—Y la portera, que me encargó con mucha instancia no volviera sin la respuesta. . . .

—Deme vd esa carta! exclamó el criado impacientado tambien con el afan del cartero.

—Ya ve vd. como está su amo en casa! le dijo éste entregándole la carta.

El criado alzó las espaldas, y no respondió ni una sílaba. Con la carta en la mano entró al aposento donde se hallaba Edmundo.

—Diga vd., señor Edmundo . . . dijo al jóven, con el cual, á fuerza de verlo tan repetidas ocasiones, habia llegado á lograr alguna familiaridad.

—¿Qué quieres, buen Hilario? preguntó de Péreux.

—Ahí está un hombre que trae una carta para el amo, y que no quiere marcharse sin la respuesta Dice que le hacen perder el tiempo.

—Pero, ¿qué quieres que yo haga?

—Vd. que es el amigo del señor Gustavo y que conoce todos sus negocios, sabrá probablemente de lo que se trata, y podrá dar esa respuesta . . . porque ese hombre me fastidia con sus gritos y aspavientos. . .

Y al decir esto Hilario, entregaba la carta á Edmundo, quien, despues de haber mirado el sobrescrito, dijo:

—Calla! es de Nichette! ¿Qué diablo puede decirle á Gustavo? Le cuenta sin duda lo que pasó esta mañana entre ella y Antonina. . . En todo caso, nada le dirá que no pueda yo saber.—Voy á dar la respuesta.

Y al mismo tiempo Edmundo rompió la oblea de la carta, y se puso á leerla.

Cuando hubo llegado á la última línea, se miró en el espejo estaba pálido como un cadáver.

—¿Qué debo responder? preguntó el criado.

—Dí que está bien; que el señor Gustavo Daumont irá dentro de un momento á casa de la persona que le escribe.

Edmundo llevó la mano á su frente; un sudor frio la inundaba, y dos lágrimas corrian de sus ojos.

Todos sus pensamientos estaban encerrados en aquellas dos lágrimas amargas.

—¡Mi pobre madre. . . ! balbuceó, y guardó la carta en su bolsa. No tenia necesidad de leerla mas; se le habia quedado grabada sobre el corazon.

Entónces tomó su sombrero, bajó las escaleras como un loco, y se echó á andar, sin ver, sin pensar, sin sentir casi.

De repente se detuvo para mirar dónde se hallaba.

Estaba en el mercado de la Magdalena.

La gente pasaba á su lado risueña, alegre. . . miróla atónitamente por algun tiempo, y luego se dirigió hácia la calle Godot, y subió al cuarto de Nichette, quien se espantó al verlo tan pálido.

—Acaba vd. de enviar á casa de Gustavo, la dijo Edmundo, tendiéndola su mano abrasadora, y sin poder dominar la emocion de su voz.

—Sí, contestó Nichette, á quien un presentimiento advirtió que acababa de suceder alguna desgracia.

—Gustavo no se hallaba en su casa, mi buena Nichette. . . y yo fuí quien abrí la carta de vd.

La griseta arrojó un grito agudo, y ocultó el rostro entre sus manos.

—¿Qué he ido á hacer, Dios mio. . . . ? exclamó cayendo de rodillas.

—Ha hecho vd. lo que debía hacer, Nichette... La carta de vd. revela toda la bondad de su corazón de ángel... Tarde ó temprano era necesario que yo supiera la verdad. No hablemos mas de esto. He venido á darla á vd. las gracias por la santa y buena afección que me profesa, y á rogarla oculte todo esto á mi madre.... ¡Moriria de dolor la pobre...!

A esta ida, Edmundo sintió que las lágrimas se agolpaban de nuevo á sus ojos.

—¡Yo que tan dichoso me creia.... murmuró.—¡Ha visto vd. á Antonina? dijo en voz alta á Nichette.

—Sí, respondió la jóven, limpiándose los ojos.

—¡Y ella es quien le ha revelado á vd. todo esto?

—Sí.

—Parecia conmovida?

—Oh! sí, mucho!

—¡Pobre niña... ¿me amará algo...?

—Ama á vd., Edmundo... y tal vez nos alarmamos sin motivo.

Edmundo sonrió tristemente.... Veíase por aquella sonrisa que no se equivocaba sobre su fatal sentencia.

—Gracias, mi buena Nichette, gracias.... la dijo.

En aquel momento entró Gustavo; Gustavo, que ignoraba todo lo que habia pasado.

—Vengo de casa, dijo á Edmundo; me dijeron que habias recibido una carta mia....

—Es cierto, contestó Edmundo; aquí la tienes: perdóname que la haya abierto, porque te ha de causar mas aficción que á mí...!

Al decir esto de Péreux entregó á Gustavo la carta de Nichette.

—Era la voluntad de Dios... murmuró Daumont levantando los ojos al cielo, y sin poder añadir una palabra mas.

—Sí, era la voluntad de Dios, repitió Edmundo; pero de lo que me quejo á Dios, añadió, es de haber mezclado á vdes. dos en este negocio.... á vdes. tan contentos, tan alegres, tan felices.... ¡cómo voy á fastidiarlos!...

—Edmundo, ¿qué estás diciendo? exclamó Gustavo.

—Oh! no diga vd. eso! dijo Nichette.

—Ah! amigos de mi corazón, replicó Edmundo estrechando entre sus brazos la cabeza de la jóven y la de su amigo cubriéndolas de besos; soy muy desgraciado!...

—Y al decir ésto, sintió que sus fuerzas lo abandonaban.... y cayó llorando sobre una silla.